

PONENCIAS

■ ESPACIO PÚBLICO Y PERIFERIA

Daniel González Romero*
M^a Teresa Pérez Bourzac

«En Cloe, la gran ciudad, las personas que pasan por la calle no se conocen. Al verse imaginan mil cosas las unas de las otras, los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones las sorpresas las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen. Nadie sabe mejor que tu, sabio Kublai, que no se debe confundir nunca la ciudad con las palabras que la describen. Y sin embargo, entre la una y las otras hay relación».

Las ciudades invisibles / Italo Calvino

Las imágenes construidas magistralmente por Italo Calvino, nos dejan inmersos en el huracán de la conciencia de nuestra realidad urbana y profesional. En la tempestad de nuestra tarea como profesores universitarios, al menos a quienes nos dedicamos a estos menesteres. Quienes esperen que esta intervención procure un relato anecdótico o historiográfico del tema, espero que su desilusión no cancele la oportunidad de comunicarles algunas reflexiones más allá de la guía versada en estudios «ilustrados» que se fundamentan en los arcanos de la más preclara erudición.

Establecer una relación entre dos realidades que se adjetivan con conceptos de uso tan común, entre los que nos dedicamos a las disciplinas relacionadas con la arquitectura y el urbanismo, en todo caso a los problemas que tienen que ver con la ciudad, como son (el) espacio público y (la) periferia, resulta una tarea no ausente de temeridad, dada la presencia que estos lugares, que parecen comunes y permanentes protagonistas de la historia de la ciudad, han alcanzado en el nivel de incertidumbre sobre el presente y sobretodo el futuro de nuestro medio ambiente urbanizado.

No es extraño por lo tanto que aún en el campo del debate teórico - conceptual, su escasa o relativa importancia como espacio en la discusión o su inclusión entre los componentes urbanos que forman parte de la renovada arremetida crítica a los instrumentos y métodos de planeación, se encuentra con la disyuntiva de emprender una - podríamos considerar que nos referimos a América Latina - especie de cruzada, frente a la férrea racionalidad de las acciones del capital sobre el territorio de la ciudad, sobre el espacio social, como expresión de la servidumbre a la que le ha sometido la dictadura de la especulación y la ganancia. Ni duda cabe, y queda allí para la discusión, que la opción que le ha dejado la ideología de la modernidad a la construcción de la ciudad, es una especie de desamparo cualitativo, a pesar de la multiplicación de los instrumentos teóricos, metodológicos, de planeación que han aparecido durante el presente siglo.

La ciudad es el espacio colectivo por excelencia, la esencia de lo público del hábitat. «El espacio colectivo de una ciudad puede ser definido como el sistema unitario de espacios y de edificios englobados en el territorio urbani-

zado que tiene incidencia sobre la vida colectiva, que define en un uso común para amplios extractos de la población que constituyen la sede y los lugares de su experiencia colectiva. El concepto es ciertamente una pura convención : el espacio colectivo no existe como hecho físico unitario y reconocible. Tal como lo he expresado, cubre más una serie de atribuciones de uso que una relación de elementos físicos fácilmente clasificables» (Maurice Ceraci, 1990). «La idea de espacio público designa un territorio de nuestra vida social donde puede formarse algo así como una opinión pública» (Jurgen Habermas, 1964), «..la problemática del espacio esta vinculada a la teoría de lo urbano y a su ciencia, y, consecuentemente, a una problemática aún más amplia, la de la sociedad global..» (Henri Lefebvre 1976).

Es por eso que creemos que en la ciudad del presente, en su complejidad, en la occidentalización del espacio urbano - parafraseando a Spengler - no cabe separar el transcurso histórico de la ciudad, espacio público, como también de la periferia, el significado de lo público y su contraparte lo privado, aún en los límites de sus inferencias políticas, de su vinculación con la cultura de

la democracia. « Los ambientes no son envolturas pasivas, sino procesos activos » expreso con gran visión Marshall McLuhan en el texto de su libro «La comprensión de los medios como las extensiones del hombre», publicado en 1969.

En el espacio urbano del presente en América Latina, plagado de desigualdad y ejemplos de una creciente pobreza, nos invade la sensación de que nos movemos entre una gama de inquietudes, que deambulan entre las veredas que trazan las búsquedas por atrapar la deslizante dinámica de los cambios, entre la parálisis del desarrollo, que también le llaman crisis, y los sobresaltos de la globalización y las megatendencias (aunque poco sabemos en general de esto). Nos enredamos, especialmente los universitarios, en el remolino de las ideas que van del milenarismo al transcisionismo, del conservacionismo al renovacionismo, del neoliberalismo al posmodernismo, al deconstructivismo, etc., entre una amplia gama de «ismos» que esquematizan, como anaquel de elegidas «sectas», las referencias culturales que puedan vincularnos lo más certeramente posible con los hechos de la denominada realidad.

Resulta contradictorio y en buena medida asombroso, que entre las garras del modelo «zoológico» de ciudad al que nos viene empujando el proyecto totalizador del territorio, rodeado del un mar de desigualdad social que marca la biblia neoliberal, estos espacios de nuestra realidad urbana objetiva estén convertidos en simples herramientas de la gramática técnica y verbal del planeamiento y la ordenación urbana. El ciclo de producción y consumo en el que entró la humanidad desde hace más de un siglo, ha modificado la interpretación de la espacialidad urbana hasta límites agudos de deterioro, que han provocado ya alarma y reacciones de diferente magnitud que van desde lo individual a lo comunitario o hasta las derrotadas intenciones de sustentabilidad. Eso, sin añadir aquí por ahora, la llevada y traída polémica sobre el patrimonio y la identidad.

Abordar como un tema de reflexión la unidad de estos dos fenómenos de la materialidad urbana, implica entonces introducirse en su proceso histórico, pero introducirse no como una mera descripción de hechos sino a partir de una postura conceptual clara y sin ambigüedades. Desde nuestro punto de vista y a partir del presente como una acumulación de procesos sociales, apoyaremos este intento de análisis partiendo de algunas premisas que nos sirvan de guía en este azaroso camino, en la brevedad del espacio de que disponemos:

a) El espacio público es una condición fundamental de la existencia de lo urbano y de lo social, mantiene por lo tanto una inseparable unidad con lo político - el espacio es político, agregaría Lefebvre.

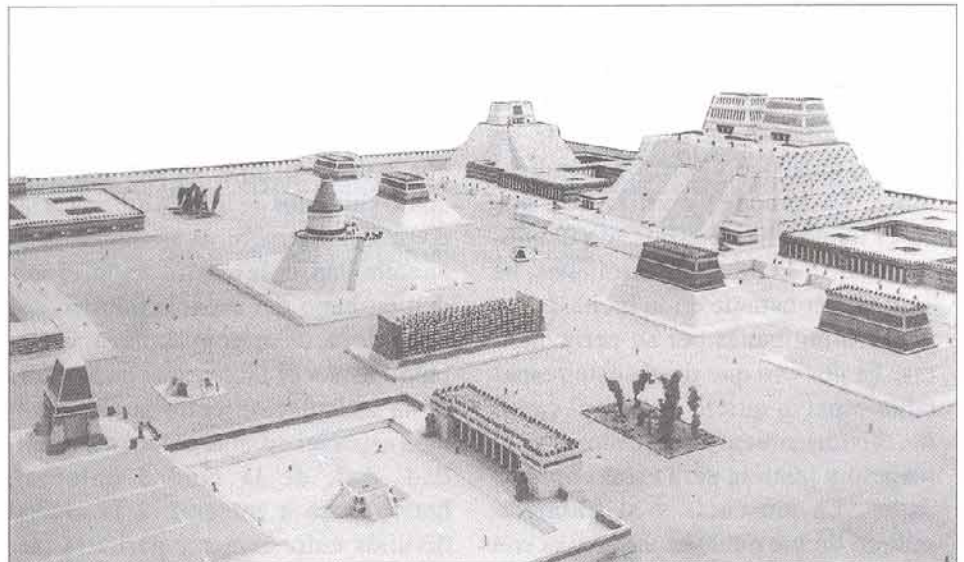
b) El espacio público que caracteriza la ciudad histórica latinoamericana, el espacio fundacional, aún entre la separación «república de españoles» - «república de indios», conformó la estructura vertebral entre el orden público y el privado de origen en nuestras urbes.

c) El concepto y realidad material de la periferia es una de las permanencias espaciales que caracteriza la historia de los modelos urbanos aplicados en nuestro subcontinente.

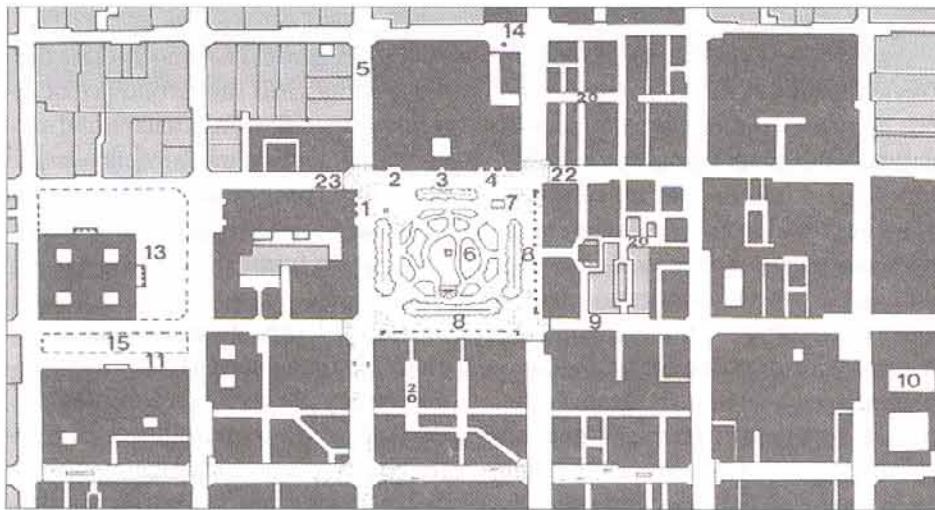
d) El espacio urbano de la modernidad se ha visto subvertido por la ilimitada especulación extensiva del suelo urbano. De esta manera, el concepto de periferia pasa de ser un objetivación de la materialidad urbana para convertirse en una forma de existencia.

e) El espacio tradicional de la ciudad latinoamericana, limitado y traicionado hoy por las elegantes élites intelectuales como «centro histórico», sufre hoy el mismo tratamiento de abandono y renovación de la periferia, mientras al mismo tiempo la periferia recibe los intentos por generar en su territorio procesos provocados de centralidad intentando reproducir las cualidades de heterogeneidad que caracterizan el espacio tradicional.

f) El espacio público es el sitio en el que reside la consecuencia última cualitativa de lo social, en tanto aspiración de relaciones sociales democráticas, del uso social que da significado a la razón comunitaria, a la ciudadanía y a la persona como ciudadano, por lo La sociedad urbana - compacta, homogénea, militante - se constituía conformada por una ideología y era invitada a defenderla e imponerla sobre una realidad que se juzgaba inerte y amorfa ... era la decisión de que esa realidad suscitada por un diseño preconcebido no llegara a tener - no debía tener - un desarrollo autónomo y espontáneo



Plaza Tenochtitlan



Plaza de Santiago de Chile, CA N^o 50.

... en rigor aquella decisión suponía la percepción del riesgo, notorio en la experiencia española; del contacto con la cultura musulmana ... el mestizaje y la aculturación». Estas líneas de un destacado intelectual latinoamericano son una cadena que en la virtualidad de los tiempos anuda pasado y presente. Las notas de tan presente pasado dan fe viva de ello a lo largo y ancho de América Latina, de la plazuela y el atrio a la plaza - mall - comercial, como a los instrumentos de planeación empleados hasta hoy.

Es imprescindible - quizá sin que venga a cuento - hacer aquí un alto para repetir en este honorable foro, que si bien el mestizaje es una indefectible vía de evolución de los pueblos y las culturas, no podemos soslayar que en la permanencia de los pueblos originales del continente está también la permanencia de un código histórico y territorial indisoluble. La condena civilizadora que en el tiempo ha determinado la anulación de las entidades originales, ha sido una constante en la lucha de los pueblos indígenas por su permanencia. Es por eso que desde este respetable espacio quiero abonar el camino, históricamente atascado, por el respeto y justicia para estas comunidades. La presencia y el fortalecimiento de los pueblos indígenas son una necesaria condición de reconoci-

miento a nosotros mismos y el impostergable acuerdo de justicia para el desarrollo hacia el siglo XXI.

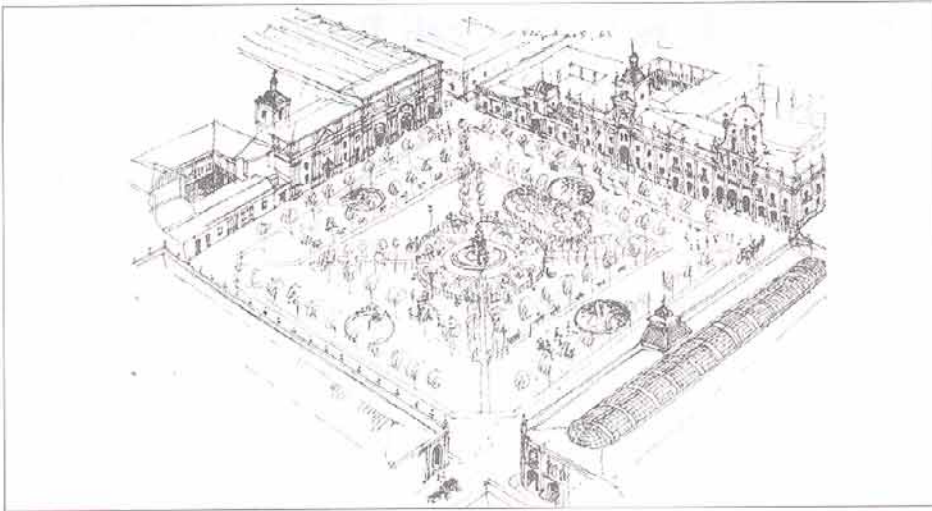
«La mayoría de las grandes ciudades latinoamericanas son producto de una ruptura cultural y al mismo tiempo de la imbricación de dos culturas, de ciudades que parten de un acto fundacional cuya primera consecuencia es la delimitación de un espacio público, la Plaza Mayor o de Armas, a partir de la cual la ciudad va cobrando vida. Estas ciudades se van configurando históricamente en el seno del desarrollo mismo del capitalismo, desde su etapa de acumulación originaria (finales del siglo XV), hasta el presente. En estos conglomerados, las consecuencias de dicha evolución pueden constatarse en los cambios que sufre el espacio público en su concepción y funciones. De su origen en la plaza en cuyos márgenes se erigieron los que por mucho tiempo se consideraban como símbolos de la vida urbana, a las complejas estructuras modernas de la anonimidad, de la masificación, el «orden urbano del espacio público por naturaleza, de origen, la plaza, va dejando de ser el factor más importante de la articulación entre la organización espacial urbana, como una totalidad. Así, de la ciudad colonial, heterogénea e integral, a la ciudad dividida entre centro y periferia (social, industrial, habitacional, etc.), el

espacio público ha ido recorriendo una experiencia de funciones y significados» (Ma. Teresa Pérez Bourzac, 1994).

El debate sobre la historia del espacio público como elemento básico de la ciudad histórica latinoamericana, ha tenido un importante número de vertientes. Mucho se ha escrito sobre las influencias y ejemplos de la traza urbana de nuestras ciudades y sus variedades. El tratamiento del problema de lo que se denomina periferia, es más reciente, especialmente convertido en asunto de interés de conocimiento «científico» - con diferentes enfoques e intereses - y preocupación pública y privada, a partir de la explosión demográfica y la expansión territorial de las grandes ciudades hacia la mitad del siglo.

El planeamiento y la ordenación urbana, concebidos como fórmulas bidimensionales para solucionar la ubicación de los intereses del capital en el plano y la realidad de las ciudades, legitimado por la legislación y las normas de la convivencia, han propiciado desde hace unos decenios, que el espacio público y la periferia adquieran connotaciones clasistas hasta límites de convertir el espacio público en periferia, a pesar de que su acumulación se constituye como una realidad material desde la cruenta disposición del territorio que se comenzó hace poco más de quinientos años.

El espacio público es un territorio que se encuentra entre el Estado y la sociedad, entre la cultura y el soporte privado de su validación, en donde la comunidad se convierte en el sostén de la convivencia. Tal espacio público se impuso contra la política autoritaria del monarca absoluto y permitió, desde entonces, el acceso democrático de la actividad social y estatal, de la cultura como acto cotidiano. La calle, apropiada por la maquinaria del poder burgués, de la renta y la tecnología, es la mejor muestra de la «insustentabilidad» de las agendas, cuando el territorio y sus espacios han convertido en periferia todo lo público.



Plaza de Santiago de Chile, dibujo a partir de fotografía, de F. Riquelme, CA N° 50.

Los conceptos de espacio público y opinión pública se forman durante el siglo XVIII, y adquieren su significado en el contexto de una situación histórica determinada. Por esa época uno distinguía entre opinión, "opinion publique" y "public opinion". Las simples opiniones (lugares comunes culturales, convicciones normativas, prejuicios y agravios colectivos y distintos valores) parecen ser uno de los sedimentos de la Historia. El espacio público como un territorio propio, en capacidad de ser apropiado colectivamente, independiente de la vida privada de los individuos, no existía en las sociedades europeas de la alta Edad Media. Al igual que en los cotos privados de vivienda que han proliferado en los últimos años, que se extiende ya del mas alto rango a los estratos de mediana altura.

La realidad del presente nos pone de cara ante un cúmulo de dudas sobre la existencia material y funcional de la ciudad, ante interrogantes de difícil contestación y sin embargo nuestro futuro urbano, por impreciso que se nos presente, aún entre el panorama del cine que nos presenta el futuro de la ciudad como una gran «máquina de habitar», no podrá abandonar el vínculo histórico que la noción de periferia representa en el tratamiento que se viene aplicando en nuestras urbes. La alternativa sólo puede encontrarse en la transformación integral de la ciudad

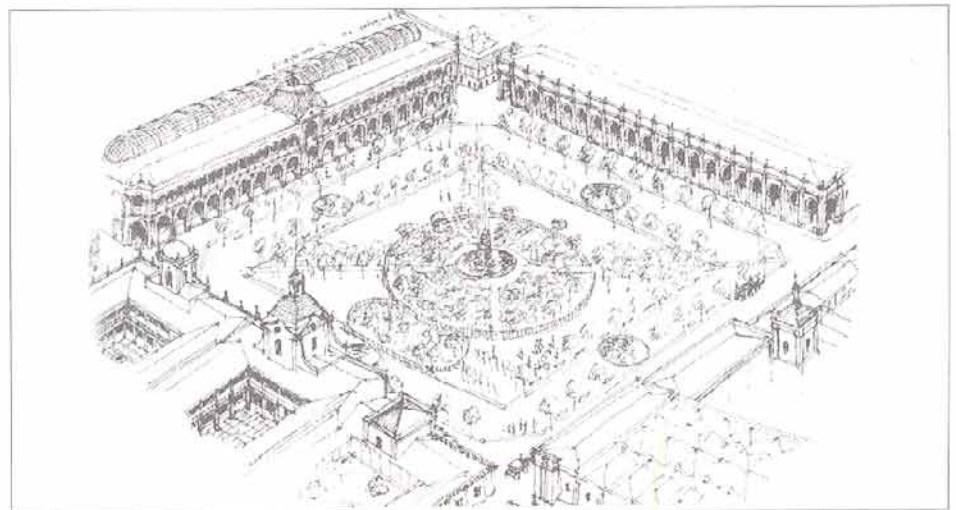
como espacio público total, político, en donde habite el sentido más amplio de la convivencia democrática

El tiempo naturalmente modifica la realidad y la percepción de esta, ni el espacio público ni la periferia permanecen estáticos en el tiempo, como en el contenido y la forma. Los rápidos desplazamientos de la vida cotidiana actual diferentes que las pautas y pausas de los recorridos del pasado, alteran sustancialmente la percepción y los procesos de la vivencia urbana y de la convivencia social. Los medios de transporte y la organización de la información, la «cultura» de la imagen, ha añadido un progresivo distanciamiento

de las relaciones entre la naturaleza del espacio y la percepción de este. La periferia se ha convertido en el episodio y marco geográfico significativo en el desbordamiento territorial de las ciudades, llamadas administrativamente «metrópolis». El reto no solo es cuestión de poetizar el regreso a la recreación romántica del paisaje, de lo público, o la cruzada salvacionista de la periferia, como eliminación de lo marginal. De lo que se trata en el fondo, es retomar las propuestas del «derecho a la ciudad» como dominio de toda concepción urbana, como convicción democrática.

Dejo aquí como último recurso las palabras de un destacado pensador «El arquitecto no puede limitarse a dibujar y no puede dejar de consultar oralmente (por medio de la palabra) a los demás agentes de dicha producción, el espacio... Tanto es así que va cobrando cuerpo una tendencia que presenta al arquitecto como a un «hombre de palabra» y no ya como un hombre de dibujo, según rezaba las más pura tradición. (Henri Lefebvre 1976 p.16) y en todo caso, utilizando un adjetivo del maestro Rojas - Mix.... Disculpen, espero, mi latino-"americanidad».

Universidad de Bío Bío / Concepción, Chile, 1997



Plaza de Santiago de Chile, dibujo a partir de fotografía, de F. Riquelme, CA N° 50.